



Primera persona del plural

Queríamos tener cosas pero aún no sabíamos cuáles. Queríamos escuchar nuestros nombres en las voces de otros, y nos imaginábamos acudir sonrientes. Queríamos seguir frente a la tele tanto como fumar recostados al hacerlo; es que el aire se espesaba por el humo, y nos sentíamos menos solos. Intentábamos por todos los medios acumular números de teléfono en nuestras agendas de juguete. Nunca tuvimos realmente frío y nos gustaba pronunciar la palabra *césped*. Queríamos amontonar cosas que contar y queríamos que llegara la noche para salir. Solíamos caminar hacia las casas de los otros, por calles transitadas apenas por la niebla, y al timbrar, queríamos abrazarnos pensando que nos encontrábamos a salvo al fin. Queríamos entrelazar los dedos con otra persona, manejar por turnos un carro prestado, arrancar sin resbalar en cuestas que bajo el sol resplandecían demasiado. Anhelábamos besar a alguien como en las telenovelas (así fue cómo aprendimos a cerrar los ojos), pero, sobre todo, no imaginábamos que alguien nos quisiera besar. No conocíamos la palabra *hendir*. Queríamos tener relojes atados a las muñecas para saber que aún nos quedaba noche antes del regreso. Queríamos que el alcohol nos supiera bien, y cuando ocurrió, empezamos a añorar tanto y tanto desperdicio. No nos parecía necesario cerrar ventanas y sabíamos infinitas cosas de memoria. Queríamos grabar cassettes perfectos cazando canciones durante horas de espera junto a la radio. Colgábamos pósters en nuestras paredes con cinta scotch que se secaba pronto y se

desprendía por las esquinas; queríamos una colección de latas vacías y nunca teníamos tiempo de mirar el cielo. Queríamos que el pelo nos creciera hasta rozarnos los hombros porque teníamos mucha sensibilidad en la piel lustrosa de los hombros. Nos encantaba el vapor en los espejos. Ver fotos era algo que hacíamos sentados y al lado de otros. Pensábamos tener historias, y queríamos que calzaran en las letras de canciones que cantábamos a gritos y a solas. Queríamos —mucho— que no se nos notaran tantas cosas. No sospechábamos cuánto iríamos a extrañar el olor de alfombra vieja, nunca pensamos, tampoco, que alguien podría nacer de nosotros. Nos imaginamos que enterrar el cuerpo de un perro en medio del bosque sería cosa fácil. (Nunca después volvimos al medio de un bosque). Queríamos pensar que vivíamos en una gran ciudad pero solo era que nos sentíamos un poco perdidos; quizá era por eso que no hablábamos más que de irnos de viaje. Había tardes tan largas que solo podían llenarse de fosfenos. Nos gustaba la palabra *lentamente* pero era porque nunca la entendimos. Queríamos que las primeras veces no dolieran tanto, que nadie nos espiera cuando nos besábamos escondidos del tumulto de bailantes; queríamos ser tocados. Queríamos nunca estar desnudos, pero siempre lo estábamos. Creíamos que los colores de las cosas estaban en las cosas, y odiábamos los domingos. Contener la respiración podía ser un juego en lugar de una metáfora. Bajábamos por completo las ventanas del carro camino a la playa y teníamos que subir al máximo el volumen de la radio; queríamos disolvernarnos entre la sal del viento tibio, y luego llamamos vida a esa sensación irrepetible. Lo que queríamos, en el fondo, era saber leer y que nadie nos enseñara nada. En esos tiempos una fogata, por ejemplo, no era más que una fogata por fortuna. No queríamos correr, pero ocurría con frecuencia; tampoco queríamos llorar. Cuántas veces pensamos que el parquet era la forma que llevábamos por dentro. No conocíamos el significado de los sustantivos, ni

sospechábamos que todas las palabras que iríamos a aprender nos servirían para tan poca cosa. Ignorábamos el esfuerzo que alguna vez haríamos por recordar algo, no nos importaba para nada la contraluz. Sobre todo, ignorábamos lo difícil que sería olvidar ciertas cosas con el tiempo. Solíamos soñar con caballos sin haber conocido alguno. No pensamos que la palabra *regreso* podría significar tantas cosas tristes y diferentes. Una vez, un volcán expidió cientos de toneladas de ceniza al aire, otra vez, una abeja nos picó en el cuello para después morir entre las flores. Cuando nos veíamos al espejo, no podíamos esperar que ya todo pasara, y dejáramos de ser tan incompletos. Nunca tuvimos paciencia para una puesta de sol, éramos expertos en adivinar intenciones en los ojos de los otros. Queríamos que, cuando alguien nos viera, le pareciera estar mirando una película en la que alguien fuma. Si veíamos pequeños charcos en la calle, sentíamos algo que pensábamos era la pena. Queríamos encontrar el momento para guiñar un ojo a alguien, pero si llegó nunca nos dimos cuenta. No nos gustaba caminar, pero lo hacíamos mucho, aun cuando lloviera, y pocas veces nos guardábamos las manos en los bolsillos. Lo que más nos gustaba era la oscuridad en una sala de cine el fin de semana, y pensábamos que todo silencio debería oler a lo mismo. Procurábamos siempre estar a punto de algo y creíamos en los finales. No sabíamos qué era lo que más nos gustaba. Queríamos (a veces demasiado) que sonara el teléfono negro de disco en casa, y apurarnos para contestar, sin notar el paisaje yermo por la ventana. Nos ilusionábamos con que fuera para nosotros. A veces lo era, y muchas veces no.